

Andrés Bilbao, *Obreros y ciudadanos. La reestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trota, 1993.

Por Angélica Montellano García

La caída del bloque socialista en Europa del Este y el triunfo del modelo capitalista como única alternativa económica han derribado las viejas teorías y conceptos que hasta la década anterior brindaban una explicación coherente y aceptada sobre las relaciones sociales y económicas. La reestructuración laboral permite hablar de una era pos-industrial, donde el avance tecnológico, el desarrollo de las especialidades profesionales y laborales y la primacía del sector servicios sobre la rama industrial han hecho posible que categorías como clase obrera sean dejadas de lado porque ya no explican la realidad laboral ni social.

En este marco de ajustes y reestructuraciones teóricas se sitúa el libro de Andrés Bilbao, *Obreros y ciudadanos. La reestructuración de la clase obrera*, profesor de sociología en la Universidad Complutense de Madrid.

El texto es un estudio sobre la transición de un orden social, en el que la clase obrera era la referencia política en una sociedad escindida, a otro, en el que el ciudadano expresa la uniformidad política. Ello guarda estrecha relación con la sustitución del keynesianismo, como modelo en que se integraba políticamente a la clase obrera, por el modelo liberal, en el que el capital ha cobrado su independencia política constituyéndose como único principio de realidad.

El cambio de clase obrera a ciudadano radica en que la primera hacía referencia a un sujeto social identificable políticamente, mientras el mercado de trabajo se constituye de un agregado de individuos que forman un conjunto ordenado analíticamente, pero irrelevante, desde el punto de vista político.

El modelo keynesiano comenzó a romperse en los ochenta, cuando las estructuras económicas, laborales y sociales comenzaron a cambiar. Un cambio en el modelo económico, del keynesianismo se pasa al liberalismo, una reestructuración laboral que da al traste con muchas empresas, el aumento de la tecnología que disminuye la planilla de obreros en muchas otras, antiguas organizaciones sociales, como los sindicatos, comienzan a perder importancia, etcétera, da lugar a un nuevo tipo de sociedad donde los ciudadanos son el nuevo referente político y social dentro de una sociedad de mercado.

Ello evidencia la dualidad representada por obreros y ciudadanos, que coexisten unas veces, y se oponen otras. La noción de obrero está ligada a las necesidades sociales de producción; el ciudadano, en cambio, se determina como

miembro de la comunidad política, ajeno a cualquier referencia al proceso de producción. El perfil ideológico del obrero vincula el orden que ocupa en las relaciones de producción con el lugar que ocupa en la estructura social, de donde deriva una específica opción política. El universo social de la teoría económica que hace del mercado el regulador único y exclusivo tiene en el ciudadano su condición social.

Ésta es a grandes rasgos la explicación que ofrece Andrés Bilbao de la transformación económica, política y social por la que atraviesan actualmente las sociedades capitalistas en general. Su estudio se centra en España durante las dos últimas décadas, en las cuales se da el proceso de transformación. Para desarrollar esta explicación Bilbao divide su libro en tres apartados.

El primero dedicado a la *conceptualización de clase social y su transición al término ciudadano*. El segundo versa sobre *el contexto histórico de la transición del modelo keynesiano hacia el liberalismo*. En un primer momento hace una descripción general de esta transición en las sociedades desarrolladas y después se centra en el estudio particular de este proceso en España. El tercer apartado es un análisis de entrevistas hechas a trabajadores de diferentes sectores, por medio de las cuales el autor intenta mostrar el cambio de ideología política, a raíz de la reconversión económica y laboral, es decir, el cambio sufrido por los trabajadores españoles que pasaron de clase obrera a ciudadanos.

El primer apartado, "Individuos y clases", se refiere a la determinación teórica de la clase obrera. Ello, en función de dos cuestiones: la primera hace referencia al callejón sin salida de los modelos objetivos de las clases sociales, en cuyo contexto la clase obrera se caracteriza como realidad social sustantiva. El segundo traza, a partir del análisis de Marx, la explicación de la doble posibilidad de un orden de obreros y de un orden de ciudadanos, respectivamente.

Para explicar esta doble posibilidad, el autor aborda una de las interpretaciones más comunes de Marx, que señala que el capitalismo produce a la clase obrera. Según Bilbao, esta afirmación puede leerse en dos contextos. En el primero, desde la corriente hegeliana, el capitalismo sería disuelto por sus propias contradicciones internas, en las que la clase obrera actuaría como sujeto portador de un orden alternativo. En el segundo, el capitalismo es el productor de la fuerza de trabajo, de esta forma la posibilidad social del capitalismo está en que la fuerza de trabajo no devenga clase obrera (sujeto social alternativo), sino individuos. Bajo esta perspectiva, Andrés Bilbao desarrolla desde una visión marxista el análisis de la transición de la categoría obrero a la de ciudadano.

Para desarrollar esta transición teórica, el primer capítulo está dedicado a una descripción teórica, en un recorrido, primero, desde la economía clásica hasta Marx y, desde él, hacia la interpretación del capitalismo en términos de la relación antagónica de clases. El análisis comienza situando las raíces del con-

cepto de clases sociales en la economía clásica, donde la categoría de clase social era entendida como un conjunto de individuos que comparten las mismas características materiales, producto objetivo de las relaciones sociales. El modelo permitía objetivar las clases sociales y sus relaciones, y determinar cuáles eran los intereses de cada una de ellas.

El modelo fue válido mientras existió un referente real, pero a principios de los ochenta la realidad económica comenzó a sufrir serias transformaciones y la economía comenzó a tener un mayor peso sobre las cuestiones políticas y sociales. Bajo esta nueva perspectiva, la clase obrera de Marx se fragmenta en individuos que se orientan racionalmente en el mercado; es trabajador en el proceso de trabajo y ciudadano en sus relaciones políticas.

El segundo capítulo reabre el recorrido iniciado a partir de la ruptura de Marx con la economía clásica. El objetivo es mostrar la conexión entre descripción del capitalismo como relación social antagónica y la descripción de su práctica, tal como la desarrolla el positivismo económico y sociológico. El cambio de Marx con respecto a la economía clásica, según el autor, consiste en que su análisis pasa de la sociedad abstracta a la concreta, del orden permanentemente regido por leyes naturales al orden particular regido por leyes sociales y limitado históricamente, lo cual pone en evidencia la existencia de relaciones sociales y el mecanismo de legitimación de esas relaciones. En resumen, se abre la economía al campo de la política.

Bajo la nueva estructura económica de los ochenta, la desigualdad de los individuos tiene su origen en las distintas posiciones que ocupan en el orden del mercado, así se da la clasificación social. El orden social se resuelve como el orden de los individuos armonizados entre sí, como el orden en el que se garantiza la relación contractual. La política se concibe como un conjunto de reglas técnicas para la administración de ese orden contractual.

El capítulo concluye mostrando la contraposición entre los dos sistemas de categorías analizados en el libro: por una parte los obreros que tienen su centro en la clase y, por la otra, el ciudadano que se centra en el individuo. El individuo que es la ratificación universal de aquello que existe y es particular, y otro que desde su particularidad trata de desmontar la universalidad de lo existente. En ambos casos se forma un tipo de conciencia en base a su contorno material. La conciencia de clase se forma en función de la organización específica del orden social ya sea para conservarlo o para cambiarlo. La conciencia individual es la ratificación armónica del orden vigente.

El segundo apartado, "Crisis y reorganización de la fuerza de trabajo", contiene la referencia a los procesos inmediatos que determinan la morfología social de la fuerza de trabajo. En 1973 se inicia un proceso de reestructuración del modelo socioeconómico que rompe con las tendencias del periodo anterior, es

decir, las representadas por el keynesianismo el cual propiciaba un marco social que apuntaba hacia la reformabilidad del capitalismo.

La sustitución del keynesianismo por el liberalismo fue posible tanto por la superación de los problemas estrictamente económicos que dieron lugar al primero, como por la creación de nuevas condiciones político-sociales, en cuyo contexto es viable el modelo liberal.

La aplicación del modelo liberal requería la reducción del coste salarial como condición para el relanzamiento del beneficio empresarial. Para que ello fuera posible, se hizo necesaria la desestructuración de la clase obrera y la reducción de la fuerza de trabajo a un grupo de individuos.

Una de las características de las sociedades desarrolladas de la posguerra es la fuerte presencia sindical. El pleno empleo y la funcionalidad económica de los sindicatos son algunos de los factores que la explican.

En el contexto del capitalismo español, los tiempos de este proceso son diferentes. En los setenta convergieron dos factores: el primero, la debilidad política del franquismo y, el segundo, la presión del movimiento obrero. El resultado fue la legalización de los sindicatos en 1977, así como el importante papel político que jugaron en los dos años siguientes.

La transición política inscrita en el contexto de la crisis económica de los setenta enfrentó dos líneas opuestas. Por un lado el reconocimiento institucional de los sindicatos democráticos y, por el otro, moderar y flexibilizar el factor trabajo en el mismo sentido de las otras economías, lo cual implicaba debilitar el poder sindical y aumentar la segmentación. Esta segunda parte se encarga de mostrar las líneas generales del cambio de posición de la fuerza de trabajo a lo largo de este periodo. A partir de 1977 se cruzan varios procesos de naturaleza y significación diferente. El efecto es transformar la estructura de la fuerza de trabajo. La desestructuración es utilizada dentro de un contexto de precisas limitaciones; sobre la base de diferenciar a la clase obrera de la fuerza de trabajo. La primera es una realidad político-organizativa, la segunda, un agregado de individuos con intereses distintos, diversos e incluso excluyentes.

El aspecto externo de este proceso desestructurador es la progresiva apertura de la diferencia en el mercado de trabajo. Trabajadores que poseen trabajo fijo, protegidos institucionalmente y con capacidad de presión, contrastan con trabajadores con puestos precarios, desprotegidos y sin capacidad de negociación.

Los medios utilizados en las diferentes sociedades capitalistas para lograr la desestructuración laboral fueron diferentes. En el caso de España, Bilbao señala tres mecanismos que produjeron el progresivo debilitamiento de la estabilidad del empleo: la vía judicial, los expedientes de crisis y la reconversión industrial. De todos ellos, la vía judicial tuvo mayor efecto sobre el empleo estable, no fue conflictiva, ni presentó problemas políticos.

El segundo mecanismo de desestabilización lo constituyen los expedientes de crisis. Estos permitieron la regulación, con fondos públicos, del aparato productivo de las empresas. Esta regulación pasó por la reducción de plantilla. Este proceso encubre otro de descentralización de la producción, ya que los trabajadores despedidos fueron posteriormente recontratados bajo condiciones más precarias.

Por último, la reconversión industrial fue más reducida que los demás mecanismos pero, desde el punto de vista político-organizativo, tuvo gran importancia ya que afectó a los grupos más organizados de la clase obrera. Esto provocó una mayor conflictividad.

La tercera parte, titulada "Trabajadores, individuos y ciudadanos", se refiere a las representaciones ideológicas del contorno definido como fuerza de trabajo. La identificación entre fuerza de trabajo y clase obrera es un complejo proceso uno de cuyos elementos determinantes es el discurso ideológico. Éste actuaría como factor de socialización de la suma de individuos que componen la fuerza de trabajo, proyectándolos como clase obrera. En consecuencia, el plano discursivo sería homogéneo en referencia al proceso de trabajo, la política y las relaciones laborales. La desestructuración diluiría el plano discursivo en una azarosa y caleidoscópica sucesión de narraciones.

Entre uno y otro se cruza una referencia al contenido del discurso. Cuando hablamos de clase obrera se vincula su situación en el proceso productivo a una determinada opción política. En el caso del individuo no existe tal vinculación, ya que la ruptura de esta relación conlleva una diferente descripción acerca de la significación de su papel en el proceso productivo.

En este apartado el autor realiza un análisis del discurso que lo lleva a explicar los siguientes resultados. Encuentra una contraposición entre discurso militante y discurso desestructurado. Este último tiene su propio referente analítico en el utilitarismo y el individualismo radical, mientras el discurso militante se remite al mundo de las clases sociales.

Los cambios estructurales que ha sufrido la sociedad española se manifiestan también en un cambio de valores. El universo del obrero es el de la conciencia colectiva que vincula el destino individual a la suerte de la clase. De este modo, conceptos como solidaridad frente a los demás, en la medida en que pertenecen al mundo del obrero, constituyen un valor central. En el universo del ciudadano priva una doble percepción: la naturalidad del orden vigente y el hecho que sólo el esfuerzo individual permite superar la propia situación. En este caso la competencia se constituye en el valor central.

La sustracción de la economía al debate político, bajo la capa de su neutralidad como pura técnica, diferencia la verdadera solidaridad de la falsa; la verdadera no es el apoyo a las reivindicaciones de otros sectores, sino la aceptación del

contenido de la técnica económica administrada por el gobierno como única instancia política.

A medida que el orden económico se configura en términos de estricta racionalidad de mercado, la movilización es un hecho irracional. Es el intento de alterar las relaciones técnico-económicas desde presupuestos que no lo son. En esta perspectiva, la contraposición entre lo técnico-económico y lo político es la que existe entre lo necesario y lo arbitrario. Se asume que una decisión tomada sobre argumentos técnico-económicos es la decisión legítima que contrasta con la ilegitimidad de la decisión política.

La huelga general realizada el 14 de diciembre de 1988 en España, sirvió como ejemplo al autor para mostrar el tránsito de los trabajadores de su posición de obreros a la de ciudadanos. Las oposiciones y el apoyo a la huelga pueden colocarse en un continuo: en uno de los extremos, la negativa a secundar la huelga configura el prototipo de ciudadano; en el otro extremo, el apoyo a la huelga configura el prototipo del obrero.

En esta sociedad mercantilista se diferencia, por otro lado, al gobierno de los empresarios, pero el gobierno no es percibido como neutral sino como aliado de los empresarios. En este sentido la huelga era una manera de protesta contra el gobierno de izquierda, al que se acusaba de practicar otra política no cumpliendo con sus promesas. Ello ayuda a explicar la presencia de sectores sociales que no se perciben como obreros, pero que están en contra de la política gubernamental.

Los cambios estructurales económicos y laborales han influido en la relación entre los trabajadores y el sindicato. Actualmente, hay un claro desdoblamiento de planos. En el exterior de la empresa, el sindicato es visto como una instancia que defiende al trabajador. Cuando la relación laboral se rompe, es cuando el trabajador acude al sindicato. Dentro de la empresa, el sindicato, en la medida que no puede contrarrestar la presión de la gerencia, es una fuente de problemas para el trabajador.

El último capítulo, "Ciudadanos y políticos", es una reflexión sobre los cambios políticos que ha significado la transición de la categoría clase obrera a la de ciudadano.

La racionalidad del individuo en un contexto libre se refleja y expresa en el orden de las votaciones. El hecho político, circunscrito al acto de la votación, es el reflejo de la opción política. El cambio económico influye en lo político, que se constituye como un mercado. En un extremo la oferta, protagonizada por los partidos políticos, y en el otro, la demanda de los electores. Los partidos tratan de adecuar su oferta a los distintos segmentos o a la totalidad de la demanda. El programa político se diseña y presenta como un producto cuya validez es refrendada en las urnas.

La imagen de los políticos se corresponde a la política como algo negativo, reflejándose en su rechazo al preferirse no hablar de ella por su naturaleza contaminada y contaminante; en unos casos, la política es lo opuesto a los intereses de los trabajadores.

Desde el discurso tecnocrático, la política se entiende como un conjunto de reglas técnicamente definidas y manipuladas por expertos. La percepción de la política como profesión, hace de los políticos sus principales beneficiarios. En este contexto se produce una doble argumentación: primero, la que separa al individuo de la política que no ha hecho de la política su profesión y, segundo, que los políticos persiguen sus propios intereses. Ninguna profesión busca el cambio, sino que más bien es el ejercicio de la administración y conservación de aquello que existe, se desvincula la posibilidad de cambio con la política.

Lo político se disocia de la racionalidad económica, que emerge como el vértice objetivo de la organización social. Se construye la imagen de que gobernar es algo diferente a hacer política. Gobernar es administrar; hacer política es hacer ideología y manipular en función de los intereses particulares de los políticos.

A manera de conclusión, puede decirse que el estudio de Andrés Bilbao presenta una valiosa combinación entre concepción teórica y análisis empírico, lo que nos permite comprender de una forma más íntegra el proceso de transición de clase social a ciudadano. La presentación de las entrevistas sirve de complemento a la explicación teórica y permite una mayor comprensión del problema. Asimismo, se obtiene una visión aproximada sobre el proceso de transformación económica y laboral que está viviendo el mundo en general, a pesar de circunscribirse al caso español solamente, y permite al lector formularse preguntas sobre las repercusiones que tiene esta transformación en ámbitos como el social y el político.

Por ejemplo, Bilbao señala algunas consecuencias negativas de lo que esta transformación puede derivar, entre ellas, el distanciamiento entre política y economía, la despolitización de la población, la mercantilización de los partidos políticos, que se mueven en la esfera pública igual que si se tratara de empresarios que tratan de colocar su producto en el mercado electoral, y la pérdida del potencial político como instrumento de cambio social y económico. La presentación de estas consecuencias permiten al lector tomar consciencia de la magnitud de tales transformaciones.

El libro cierra con un capítulo de análisis político donde se plantea la despolitización de la población y el abandono de la política como instrumento de cambio social y económico.

No obstante que estas observaciones corresponden a una realidad muy concreta como la española, bien pueden considerarse para ser aplicadas a otras sociedades, como las latinoamericanas.